

LA CARIDAD DA TESTIMONIO*

Mons. Paul Josef Cordes

El 15 de julio de 1971 el Papa Pablo VI creó el Pontificio Consejo *Cor Unum* mediante la Carta Institucional *Amoris Officio*, con el objeto de coordinar los organismos católicos de ayuda. Y lo denominó “Un solo corazón”, haciendo referencia al Corazón de Cristo, “cuya misericordia hacia las multitudes hambrientas llegaba a descubrir incluso su hambre espiritual”. De manera análoga, en 1986, la Constitución apostólica *Pastor Bonus* del Papa Juan Pablo II daba una nueva organización a la Curia Romana y, refiriéndose al Consejo, lo calificaba como expresión de “la preocupación de la Iglesia católica hacia los necesitados, de modo que se fomente la fraternidad humana y se manifieste la caridad de Cristo” (Art. 145).

Presentación de Cor Unum

Esa nueva organización, instaurada por dicha Constitución, fue precedida, a principios de la década de los años ochenta, por conversaciones y reflexiones de expertos, con el objeto de adaptar la Curia Romana a las nuevas exigencias de la Iglesia y, asimismo, reducir los organismos de gestión y las oficinas.

Con ello salió a la luz la cuestión de que el trabajo de *Cor Unum* tenía muchos puntos de contacto con el Pontificio Consejo *Iustitia et Pax* - de la Justicia y la Paz. Surgieron, pues, planes para unificar los dos Consejos y vincular la actividad práctica de amor al prójimo con la reflexión intelectual sobre cuestiones de justicia social y convivencia pacífica de las personas. El Papa Juan Pablo II, sin embargo, no aceptó esa sugerencia. Para él era muy claro que la práctica del amor al prójimo ocupaba un lugar muy alto en la misión de la Iglesia, constituía un mandato fundamental de Cristo a su Iglesia y debía ser visible también en la estructura de la gestión eclesial. Y puesto que el Evangelio y la Iglesia, hoy, con frecuencia, son incomprensidos y atacados y, en algunos países, el anuncio y la práctica de la fe puestos al margen, la sección dedicada a las iniciativas y actividades caritativas debía permanecer con su propia finalidad, dinamismo y estructura. Estaba al servicio de la credibilidad de la Iglesia y podía despertar de nuevo el interés de todos por la Iglesia y por la Revelación.

* Texto de la Conferencia “Las Raíces Cristianas de la Caridad”, dictada por Mons. Paul Josef Cordes en la Universidad Católica Sedes Sapientiae. 25 de julio del 2001.

Mons. Paul Josef Cordes

Por lo que se refiere a la reducción de los organismos de gestión y a la relación entre *Cor Unum* y *Iustitia et Pax*, el Papa aceptó que se nombrara un solo Presidente para los dos Dicasterios. Más adelante, sin embargo, se produjo un cambio: a principios de diciembre de 1995, el Papa me nombró Presidente de *Cor Unum*. Así perfilaba con mayor fuerza la independencia de este Consejo y subrayaba que la actividad caritativa de la Iglesia necesitaba, ante el mundo, contornos definidos.

Son tareas de *Cor Unum*, entre otras:

- Poner en práctica las iniciativas especiales que toma el Papa en el campo de la ayuda humanitaria y del desarrollo integral (actualmente asumen un interés particular: el Congo y la región de los grandes lagos que siguen siendo todavía hoy en una situación de emergencia, Yugoslavia y los países balcánicos, la Siberia en la ex-Unión Soviética);

- Promover el anuncio del amor al prójimo y motivar a los fieles a ser testigos del amor de Cristo (*Cor Unum* se encarga de preparar las enseñanzas pontificias de los sermones de cuaresma e inspira, así, las campañas de cuaresma);

- Coordinar, a través del intercambio de informaciones y las propuestas de cooperación, las energías e iniciativas de las instituciones católicas de ayuda (*Cor Unum* trabaja en colaboración con varias organizaciones importantes de ayuda como *Caritas Internationalis*, *Catholic Relief Services*, Sociedad de San Vicente de Paúl, Orden de Malta y las Asociaciones de campañas de cuaresma de unos quince países de Europa y otros como Misereor, CCFD, etc.);

- Facilitar las relaciones entre las instituciones católicas y otras organizaciones internacionales de ayuda para el desarrollo (*Cor Unum* ha tomado parte activa, por ejemplo, en la Cumbre en Copenhague de la ONU, en 1995 [Conferencia Mundial para el desarrollo social] y en la Conferencia de la ONU sobre cuestiones de vivienda en Estambul, en junio 1996).

En fin, compete a *Cor Unum* promover la acción de las instituciones católicas de ayuda, y de los fieles de todo el mundo, en los casos especiales de emergencia y en las calamidades, y coordinarlos. Al respecto, *Cor Unum* es el responsable de la "Fundación Juan Pablo II para el Sahel" y de la "Fundación Populorum Progressio" para América Latina. Además, se encarga de organizar las medidas de socorro del Papa con motivo de calamidades naturales y situaciones de crisis.

Apreciando la disponibilidad de Caritas Mexicana para contribuir con generosidad a la Fundación "Populorum Progressio", tomo la ocasión para profundizar brevemente el contenido de esta fundación.

El Papa Pablo VI, cuando en 1968 visitó Colombia, indicó la necesidad de un apoyo material para los campesinos pobres. Él prometió: "Nosotros mismos trataremos, en los límites de nuestras posibilidades económicas, de dar ejemplo".

El gesto concreto del Pontífice fue la constitución del "Fondo Populorum Progressio" que se depositó en el Banco Interamericano de Desarrollo, para ser investido en programas de reforma agraria.

Ahora, con ocasión del V Centenario de la Evangelización de América Latina, el Papa Juan Pablo II reitera el llamamiento que hizo su predecesor Pablo VI e invita a la Comunidad Internacional, a las Instituciones y a todas las personas de buena voluntad, para que redoblen los

esfuerzos y la solidaridad en favor del desarrollo integral de los campesinos y de los indígenas de América Latina que se hallen todavía en condiciones de subdesarrollo. El Santo Padre Juan Pablo II para concretar esta iniciativa, crea una Fundación, que llevará por nombre "Populorum Progressio", e invita a todas las Conferencias Episcopales, en especial las de los países desarrollados y de la misma América Latina, a hacer una colecta entre sus fieles con tal finalidad.

Después de esta breve presentación de la historia y las tareas del Consejo quiero reflexionar ahora sobre el espíritu y la orientación de nuestro trabajo. ¿Cuáles son los puntos esenciales que hay que poner de relieve desde un punto de vista pastoral? ¿Cuáles son los elementos que animan o paralizan, fortalecen o debilitan nuestro servicio? ¿Qué clase de poderes amenaza oscurecer la fuerza de testimonio evangélico de nuestro servicio - y quizás la actividad caritativa de toda la Iglesia?

La dependencia de la ayuda política

La misión de la Iglesia se dirige necesariamente a los hombres y, por tanto, a la política y a la sociedad. Precisamente el compromiso de lucha contra el hambre, la pobreza y la miseria tiene una relación directa con los factores y los poderes políticos. Podría darles un ejemplo. Desde el comienzo de mi servicio en *Cor Unum* estuve en África dos veces. Había que decidir cuáles proyectos iban a ser costeados por la Fundación del Papa para la lucha contra la sequía en la zona del sur del Sahara. Los nueve obispos de los países interesados se reunieron durante una semana en Niamey, capital de Níger, y presentaron un informe sobre la situación. En él era palpable la hostilidad de la naturaleza que, con la sequía y la 'estepización' azota implacablemente - y, al parecer, de manera incontenible - a los hombres. Pero es una desgracia mucho mayor aquella que provocan, en ese Continente, los conflictos racistas. El hombre padece mucho más con lo que le hacen los demás hombres que con el clima adverso. Ruanda, Congo, Sudán, Mauritania, Malí, Chad, Guinea-Bissau, son sólo algunos nombres de pueblos probados a los que se podrían agregar fácilmente muchos otros.

Por tanto, no es sólo comprensible, sino también inevitable, que las instituciones de ayuda y sus miembros se dirijan a las autoridades políticas y a los que están en el poder, en todo el mundo, para buscar la manera de poner remedio a la situación. Y esperen, con razón, que los políticos dispongan la limitación y el cese de las hostilidades del hombre contra el hombre, así como la erradicación de las matanzas y de la violencia. Las enseñanzas y declaraciones de este pontificado no dejan lugar a dudas respecto al hecho de que, en la mayoría de los casos, la miseria no puede ser derrotada con acciones individuales; esto, por una gran cantidad de motivos, relacionados unos con otros, que forman una red enemiga y contraria al hombre. Por eso el Papa Juan Pablo II habla reiteradamente del "pecado estructural" (cf. *Reconciliatio et poenitentia*, 1984, n.16; *Sollicitudo rei socialis*, 1987, n.36ss.), que es como una fuerza que todo lo infecta y destruye lo bueno; seduce al hombre de tal manera, que le es imposible liberarse. La única oportunidad que se presenta es un esfuerzo común de los distintos grupos de la sociedad.

Así, el Papa, en su servicio a los hombres, procura acercarse a los políticos. De ahí su visita, hace seis años, a la sede de la ONU en Nueva York, donde pronunció un importante

Mons. Paul Josef Cordes

discurso. De ahí también sus delegaciones a los encuentros de la ONU en el Cairo, Copenhague, Pekín y Estambul. Y cuando la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación) celebró en Roma su reunión internacional en la cumbre, la Iglesia no permaneció en silencio. En concomitancia con esta reunión, después de varios años de preparación, *Cor Unum* ha preparado un documento sobre el hambre en el mundo: de manera muy clara explica cómo la Iglesia se pone de cara a este desafío.

Juan Pablo II, desde los primeros tiempos de su pontificado, ha reiterado su convicción de que la Iglesia tiene una misión terrena y una tarea política. Quien se preocupe por el hombre no puede desvincularse del juego de fuerzas político. Por otro lado, el Papa insiste en que esa atención a la política no va a transformarse en una completa adopción de categorías y reglas para toda la actividad de la Iglesia. Pues el único criterio válido y el único punto de partida seguro para todas las acciones de la Iglesia puede ser sólo Jesucristo. La Iglesia tiene la misión de anunciar a Cristo y de comunicar la salvación que viene de Dios. Él, que murió en la Cruz y resucitó al tercer día, es garante y contenido de su acción.

Ese Señor ha dado al hombre, definitivamente, su significado y su dignidad. Quien se preocupe por el hombre no puede prescindir de Jesucristo: "No es posible, en fin de cuentas, concebir al hombre, sin Jesucristo" (Palabras del Papa en Varsovia el 2 de junio de 1979).

Sólo si la Iglesia se adhiere a esa directa referencia a Jesucristo, quedará preservada de perderse con su compromiso político en el mundo. Las ideologías, los sistemas filosóficos, y los modelos de calidad de vida humana corrientes, no son nunca garantes fiables; se han de verificar con espíritu crítico y sólo en la medida en que son asimilables a la fe. Es cierto que la Iglesia puede aprender del mundo (cf. *Gaudium et spes* n.44), y sus miembros hacen bien en desempeñar una responsabilidad política. Pero nadie debe dejar de ordenar sus planes y sus acciones según la luz que viene de Jesucristo. Sólo esa luz define lo que es ganancia o pérdida, salvación o calamidad para los hombres.

Quizás el optimismo de los años cincuenta y sesenta de nuestro siglo fue ingenuo. Acaso una tendencia progresista hizo mal uso de algunas de las declaraciones del Concilio, induciendo también a los miembros de la Iglesia a un eufórico gozo terreno. Parecía que la humanidad estuviera esperando del Evangelio un mundo sin tachas ni reproches, como quien dice, un "*mundus naturaliter christianus*". Con la condición, desde luego, de tener derecho a lanzarse sin espíritu crítico en brazos de la política, pues ésta ya era suficiente para hacer de este mundo un paraíso.

Dichas ilusiones se oponen a las tesis del sociólogo Max Weber. Él previene contra la imagen cándida de la política. Y escribe en sus "Escritos políticos":

"... Los antiguos cristianos sabían muy bien que en el mundo reinan los demonios y que quien se aventura en la política utilizando el poder y la violencia como medios, hace un pacto con las fuerzas diabólicas" (*Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland*, [1918], in: *Gesammelte politischen Schriften*, 3ª Edic. 1971, 347).

La actividad política puede extraviar. Si se confía a la política la evaluación de los hechos y la decisión de obrar, es fácil meterse en un callejón sin salida.

LA CARIDAD DA TESTIMONIO

Precisamente un Dicasterio como *Cor Unum*, que por su misma naturaleza necesita vincularse con la política, está llamado a prestar la mayor atención. La actividad caritativa, por lo general, encuentra en el compromiso político un 'costado abierto', pues quizás en la tendencia histórico-espiritual reinante la actividad pastoral se adapta a las categorías políticas. Y la Iglesia, hoy, parece constituir un sector de esa sociedad; sus palabras y sus actos no se distinguen de muchos de los demás grupos sociales.

Hace seis años participé en una reunión de las Organizaciones Internacionales Católicas, organizada por el "Centro Católico" que sigue el trabajo de la UNESCO en París. Se habló de la Conferencia Mundial de la ONU sobre asuntos de vivienda, HABITAT segundo. Al terminar la reunión, los organizadores invitaron a una rueda de prensa. Uno de los sacerdotes presentes nos hizo la siguiente pregunta: "¿Por qué los cristianos se sienten obligados a preocuparse por la vivienda y la planificación urbana? ¿Por qué toma parte la Iglesia en una Conferencia como la de la ONU en Estambul? La problemática manifiesta es exclusivamente de carácter humanitario; ¿por qué cubrirla con salsa religiosa? ¿Por qué se enturbia la claridad de las ideas con alusiones al anuncio bíblico? ¿No es acaso suficiente aplicar nuestro simple conocimiento del hombre y tener confianza en los juicios del humanismo?".

Sin lugar a dudas, lo que está relacionado con la vivienda humana debe ser solucionado técnicamente, en primer lugar, y el discernimiento y la competencia indicarán los caminos acertados. No se pueden reemplazar planos y habilidades con buenos propósitos y oración. El insigne Cardenal francés Suhard decía: "Una cocinera piadosa no es necesariamente una buena cocinera". Sin embargo, la objeción que hizo ese sacerdote en Venecia lleva al error. Yo le recomendé que leyera el estudio del jesuita francés Henri de Lubac: *La tragedia del humanismo sin Dios*. Aunque la palabra <humanismo> es muy amada y tiene un lindo sonido, puede adquirir, en la práctica, una infinidad de formas. En el transcurso de la historia, los distintos pensadores y caudillos monopolizaron y transformaron las ideas humanistas. Por eso le pregunté: "¿A cuál humanismo se refiere usted? ¿Al de Ludwig Feuerbach, a quien se remite el comunismo? ¿Al de Friedrich Nietzsche, en quien se inspira el nazismo? ¿O más bien al de Auguste Comte, quien negó toda trascendencia y luchó por la supresión de la religión?".

Estoy convencido que hoy es necesario descubrir la novedad del empeño caritativo. Por el cristiano no es suficiente un humanismo común o un cristianismo anónimo. Un humanismo neutral no puede inspirar la orientación hacia el amor al prójimo de la Iglesia, por mucho que la política y la sociedad lo deseen y lo aprueben. No debemos borrar, de nuestras catequesis de caridad y de nuestras llamadas a servir al prójimo, el vocabulario de la Biblia. No podemos sustituir el concepto de "amor" con el de "solidaridad". Quizás quisiéramos, con el silencio, llegar mejor hasta una u otra persona que están alejadas de la Iglesia, o la critican. Pero el precio de una mayor ganancia sería demasiado alto, pues ya no orientaríamos a los fieles hacia Aquél que los ama y que los hace capaces de amar al prójimo. La sociología del saber humano asegura que "lo que no se expresa con las palabras, se olvida". Si, por motivos tácticos, prescindimos de Dios como razón de nuestro amor al prójimo, llegaremos pronto a ser de esos reformadores del mundo que se apoyan únicamente en el poder del hombre.

Amenaza a la identidad

La actividad caritativa no está en sí misma protegida contra la pérdida de su identidad eclesial. Existen muchos factores que amenazan la dimensión cristiana y la independencia de estos organismos. Quisiera enumerar algunos casos concretos para hacer ver cómo es real el peligro de que la caridad se secularice y se convierta en un humanismo filantrópico.

Primero.- En un documento, una de las mayores organizaciones caritativas católicas del mundo, describía, hace tiempo, sus propias finalidades y formulaba así las líneas programáticas de la propia actividad a favor de América Latina: "Nuestra Agencia se esfuerza, fiel a su compromiso de respetar el pluralismo de sus socios y de sus proyectos, de no subordinar las finalidades del desarrollo social y de la justicia a los intereses institucionales propios de la Iglesia". Calificando las perspectivas pastorales de los Obispos como "intereses propios" esta Agencia pretendía colaborar con las Instituciones públicas. De este modo una Agencia se aparta claramente de la misión de la Iglesia e, ingenuamente, hace suyos los "intereses propios" de los gobiernos que tantas veces han sido culpables de casos de corrupción tristemente famosos.

Segundo.- Tengo noticias de una Agencia católica de un pequeño país que, entre los proyectos que señala para su financiación está el "Quinto encuentro de lesbianas feministas de América Latina y del Caribe." Aunque no estoy seguro si se financió, el hecho de que se dirija a una institución católica con esa finalidad, deja entrever cuál era la tendencia que dicha Agencia perseguía.

Tercero.- Una gran Agencia caritativa católica escoge su personal en todo el mundo. En muchos sitios los Obispos se han quejado de que la elección del personal, no sólo se hace sin contar con la Iglesia Local, sino a veces, contra ella. Pongo el ejemplo de los Balcanes: como me confirmó el Cardenal Puljic durante el Sínodo de Europa, en Bosnia-herzegovina, sobre once empleados de la Agencia, diez son musulmanes; la actividad de ellos responde a la estrategia islámica que promueve la expulsión de los cristianos en Bosnia.

Cuatro.- En el mes de marzo pasado, he estado en El Salvador. Después del terrible terremoto el Santo Padre me envió para encontrar los Obispos, los voluntarios y la población afectada por esta catástrofe. Como siempre estas visitas representan un gran desafío para llevar la labor de *Cor Unum* con asiduidad; la grandeza de las necesidades humanas pide ayuda. He encontrado el Presidente de la República, el cual por un período ha formado parte de una secta india y no es, ciertamente, un católico practicante. Me ha sorprendido que durante nuestra conversación se ha referido a un tema, del cual yo ya había hablado con los obispos: la necesidad de ofrecer una ayuda que no se limitase sólo a las necesidades materiales, sino que tuviese en cuenta la dimensión emotiva y espiritual de la reconstrucción del país.

Las Agencias católicas, de hecho hasta ese momento, se habían negado a introducir las Iglesias y los centros parroquiales en las listas de sus proyectos. "Somos responsables de que la gente afectada por esta catástrofe tenga comida y un techo". De este modo el Presidente, que es un alejado de la Iglesia, ha tenido que recordar que el hombre no sólo vive de pan.

LA CARIDAD DA TESTIMONIO

Sobre el contexto cultural moderno de la actividad humanitaria.

Quisiera ahora referirme brevemente a la mentalidad de vida de nuestro tiempo, de modo que los responsables de las agencias católicas implicados en los casos que acabo de mencionar no aparezcan tanto como “culpables” sino más bien como “víctimas”.

1. El clima de filantropía.

Sin duda el empeño a favor del prójimo en dificultad encuentra acogida en la sociedad de hoy. Un ejemplo entre muchos: las campañas de recogida de fondos que abren los periódicos y la televisión revelan resultados impresionantes. Yo mismo he participado a un programa de la televisión de Baviera donde, durante el conflicto de los Balcanes, se han recogido cincuenta y cuatro millones de marcos.

Es motivo de honor presentarse a la opinión pública con grandes iniciativas filantrópicas: es el caso, por ejemplo, de Ted Turner, propietario de la cadena de televisión CNN, el cual el 19 de septiembre de 1997 no ha perdido la ocasión de recoger puntos a su favor delante de la opinión pública, mediante la donación de mil millones de dólares para un programa de las Naciones Unidas.

La buena acción pertenece, sin duda, al código de comportamiento de cada ciudadano honesto. Es un elemento de nuestra civilización, como la defensa de la paz y el empeño por la justicia social. Aparece como herencia de la cultura Occidental. A muchos le vienen a la mente las palabras del poeta Goethe: “¡Noble es el hombre disponible a la ayuda y bueno! Porque sólo esto lo diferencia de todos los seres que conocemos”.

2. La cooperación con las instituciones públicas

El servicio eclesial se desarrolla en colaboración con los Estados y la Sociedad. En esta relación reside un elemento que la marca y la orienta al mismo tiempo. Su acción penetra hoy visiblemente todos los ámbitos y los estratos de la sociedad y de la vida. De este modo la “Caritas” ha crecido hasta convertirse en una impresionante sociedad de servicios: desde los asilos hasta las residencias para ancianos. La “Caritas” en Alemania da trabajo, por ejemplo, a 480 mil personas fijas. Es, después del Estado, el segundo dador de trabajo en el República Federal de Alemania. El Servicio Exterior de la “Caritas” de Estados Unidos, el CRS (Catholic Relief Service)- por poner otro ejemplo de una gran institución del sector- en 1995 tenía un presupuesto de cuatrocientos-cincuenta millones de dólares. Hay que tener en cuenta, además, que dos tercios de su presupuesto provienen de la contribución del Gobierno Americano. Esto nos hace pensar que hoy es necesario tener un elevado grado de profesionalidad para desarrollar esta labor caritativa.

El peso de la contribución estatal obliga estas Agencias a perfeccionar sus iniciativas a nivel técnico. Por otro lado, los contratos de trabajo y los planes de actuación exigen una contabilidad administrativa correcta, Esto no es un aspecto que haya que rechazar ya que, sin

Mons. Paul Josef Cordes

duda, aumenta la eficacia. Incluso el creciente control por parte de las instituciones públicas tiene repercusiones positivas.

Por otro lado, a veces la profesionalidad significa objetividad en el trabajo y esto puede producir una falta de motivación del personal empleado. Cuando sólo cuenta el trabajo en cuanto tal, se pierde de vista el significado profundo. La dimensión cristiana y el carácter de signo salvífico para el colaborador eclesial pasan a un segundo lugar o son casi inexistentes. La actividad caritativa se convierte igual a la que desarrolla la "Cruz Roja" o al empeño de cualquier ONG (Organización no gubernamental)

3. Ecos de la Teología de la Liberación.

Todavía hoy la atracción hacia la teología de la liberación oscurece la mirada hacia el amor de Dios. La injusticia latente y una política económica que desprecia la persona humana hacen despertar dentro de las organizaciones caritativas ira y agresividad.

Con el fin de conseguir sus objetivos elaboran estrategias eficaces. Aspiran a tener más poder, ideal y efectivo. No obstante este itinerario utiliza métodos de lucha: las orientaciones a nivel pedagógico y catequístico para los grupos afiliados fácilmente se dejan arrastrar hacia tonos agresivos y polémicos. Se imitan otros grupos sociales: se habla, por ejemplo de crear, en favor de los más pobres y marginados, basándose en el modelo sindical, un "contra-poder" contra los ricos y potentes. Se favorece una "espiritualidad del conflicto" para justificar que quien se solidariza con los pobres se empeña en la lucha y en el conflicto y se debe armar contra aquellos que hacen difícil la vida de los pobres. Estas ideas se encuentran en el documento "*D'orientation théologique et éthique*" de la "Cooperación Internacional para el Desarrollo y la Solidaridad" (CIDSE), que representa la red de todas las agencias católicas de ayuda. El documento está fechado en Enero de 1995.

Ciertamente no podemos justificar el hecho de que las organizaciones caritativas llamen sus colaboradores y voluntarios a la rebelión. A veces son los mismos Obispos a incitarlos, o mejor, algunos Pastores de una cierta sensibilidad recurren desesperados a ciertos eslóganes agresivos. El anterior Presidente de la "Cáritas Internacional", Mons. Gregory di Imperatriz, del Brasil, dijo durante un encuentro en Roma el 10 de octubre de 1998 las siguientes palabras: "Vengo de una región brasileña en la cual viven muchos productores de leche. Un gran multinacional cogió el monopolio de la leche y dijo que sólo le interesaba los que produjeran mil litros de leche, y por tanto le bastaban tres mil campesinos. Esta decisión tocó la existencia de treinta mil pequeños productores. ¿Qué harán estos pobres campesinos?" El número de ejemplos como éste sería incontable. Mons. Di Imperatriz comentando así esta decisión, ha hablado en términos de "guerra" en la relación entre parados y débiles, por un lado, y ricos y potentes, por otro.

Todos estos factores explican el peligro que corre la actividad caritativa en un mundo dominado por la secularización. Este pensamiento entra en contraste con el mensaje de la Sagrada Escritura, que para nosotros los cristianos es la base del ser y del hacer. Jesús nos impulsa al amor apoyados sobre un mandamiento doble: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,

LA CARIDAD DA TESTIMONIO

con toda tu alma y con toda tu mente... y Amarás al prójimo como a ti mismo.” (Mateo 22,37-39)

Expresándolos de este modo, el Señor podía contar sobre la estima que el ambiente judío tenía hacia estos dos contenidos. Ambos se encuentran ya en el Antiguo Testamento. Ha sido Él, sin embargo, como nos comentan los especialistas, a unir los dos conceptos en uno sólo. Y hacía así de este mandamiento el principio original de la conducta de aquel que tiene fe. Amor a Dios y amor al prójimo son equiparados, uno se relaciona con el otro. De ellos “dependen” la Ley y los Profetas; es decir, todas las demás prescripciones se basan en este doble mandamiento.

La primera parte, el amor a Dios, se encuentra en el *Shemá*, que es una oración hebrea famosa como el Padrenuestro para los cristianos. El *Shemá* viene recitado por los judíos ortodoxos, por la mañana y por la tarde. Esta oración reconoce que JHWH es el único Dios. Ha hecho una alianza con Israel, ha librado su pueblo de la esclavitud de Egipto. Este mandamiento quiere garantizar que la obra impresionante de Dios quede impresa en la memoria del pueblo de Israel, que por la fuerza de este recuerdo cada hebreo profundice cada día su fe en YHWH y le responda con amor. Sobre el corazón mismo de Israel está escrito que es necesario amar a Dios “con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”. Las circunstancias y las diversas situaciones de la vida cotidiana “tienen que convertirse en una ocasión para evocar lo que Dios espera de cada uno: les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas.” (Deuteronomio 6,69). Los hebreos explican esta triple fórmula en modo concreto: “con todo el corazón” significa que se tiene que amar a Dios con todas las propias inclinaciones, con las buenas y, también mediante la superación de uno mismo, con las malas inclinaciones; “con toda el alma” quiere decir amarlo, incluso cuando Dios coge tu propia vida (nefesh); “con todas tus fuerzas” se refiere a las propias capacidades y bienes.

El Talmud, libro que recoge las leyes y las tradiciones de Israel, destaca la importancia que tiene recitar el *Shemá*. En una página podemos leer lo siguiente: “Mientras era conducido al martirio Rabbi Akiba (muerto hacia el año 135 después de Cristo), era la hora de recitar el *Shemá*. A pesar de que su carne era atormentada con peines de hierro, él puso sobre sí mismo la soberanía del cielo, es decir recitó el *Shemá*. Entonces sus discípulos le dijeron: “hasta aquí”, es decir: “no sigas”. Él les respondió: “durante toda mi vida me he interesado de este versículo: “con toda el alma”, incluso en el caso en el que Dios nos quite el alma, es decir la vida. Decía entre mí: ¿cuándo será posible para mí cumplir esto? Y ahora que ha llegado el momento de cumplirlo ¿No lo haré?”. La recitación del *Shemá* se remonta a la época de la construcción del Templo, antes del año 70 antes de Cristo. No hay ninguna duda que el Señor ha vivido dentro de la tradición hebrea. Para Él, un punto fundamental y esencial de su predicación es el servicio hecho a Dios con corazón indiviso. Este mismo horizonte de fe, Jesús lo ha supuesto que lo tenían sus contemporáneos.

El hecho de que Jesús haya formulado el mandamiento del amor con doble vertiente quería poner de relieve que es indispensable unir las dos dimensiones: el amor a Dios debe manifestarse en el amor al prójimo, y viceversa el amor al prójimo toma la fuerza del amor a Dios, que a su vez lo hace posible. Fe y ética están así indisolublemente relacionadas entre sí. Si

Mons. Paul Josef Cordes

miramos al Señor, hoy más que nunca nos sorprende con cuánta fuerza Él cumple la primera parte del doble mandamiento. Mirar a Jesús nos empuja a verificar si, y en qué medida, nuestro modo de vivir el amor al prójimo está ancorado en el amor a Dios, es decir, corresponde a la intención del Señor.

Parece como si, en nuestros días, el equilibrio entre los dos mandamientos haya dado lugar a un desequilibrio: para muchos el amor a Dios parece tan evidente que no es necesario perder tiempo para explicarlo. Desgraciadamente este silencio se difunde en la actividad caritativa de los mismos cristianos: se entiende la misión caritativa de la Iglesia sin destacar suficientemente el peso que Jesús ha dado al amor a Dios. La primera parte del mandamiento del amor no figura, no hay ni rastro, en los proyectos de las instituciones caritativas; parece como si se quisiera evitar incluso en la "teología" de la caridad. Si se perdiese la relación entre misión eclesial y amor al prójimo, el apostolado perdería una notable riqueza. No se trata de querer abusar de la actividad caritativa: es importante hacer presente que este tipo de actividad está relacionada con la fe de la persona que la realiza. La encíclica "Redemptoris Missio" nos dice que la fe se fortalece en el momento que se anuncia: "la fe se fortalece dándola" (N^o 2).

Los numerosos voluntarios no tienen que poseer ya una fe madura. Sus motivaciones, al inicio, son distintas. Algunos se comprometen por idealismo, o por compasión. Pero es sorprendente observar cómo el servicio gratuito conduzca más cerca de Dios. Esta afirmación tiene un fundamento real, es lo que afirma Jean Vanier, fundador de la comunidad de "El Arca", una de las personas con más experiencia en el acompañamiento de voluntarios. Él resume así su experiencia: "cualquiera que sea la motivación que impulsa a un voluntario a trabajar para "El Arca", a la mayor parte de ellos le ha impresionado en el profundo de su corazón la relación con los desvalidos, la vida junto a los pobres. Su visión del hombre, de la sociedad y de la Iglesia ha cambiado. Casi todos han recuperado la fe de la infancia. Estoy sorprendido de la cantidad de jóvenes que han encontrado Jesús en el pobre, en la oración, en la eucaristía y en la Iglesia." Es obvio que la caridad se convierte en un camino de encuentro con el Señor dependiendo del espíritu que reina en nuestros grupos, de la concepción de caridad que los responsables transmiten a sus colaboradores.

Permítanme ser más concreto todavía. Después del terremoto que sacudió una región italiana, Umbria, he encontrado allí el sacerdote don Lucio Gatti. Trabajaba con un grupo de jóvenes. Hablando con él he entendido como consideraba el servicio que realizaba con los voluntarios. El espíritu con el que trabajaba me ha convencido y me ha parecido ejemplar. Por esta razón le he pedido que me enviara su testimonio por escrito y con la lectura del mismo quisiera concluir mi intervención. Don Lucio fue enviado a la ciudad de Nocera-Umbra después del terremoto. Recuerda sobre todo el grito de dolor y las expresiones de las personas que sufrieron dicha calamidad natural. Algunos decían: ¡Todos dicen que Dios es Bueno, miren cómo nos ha pagado después de una vida de sacrificios! Otros decían: ¡Dios nos ha abandonado! Y sería mejor que vosotros sacerdotes estuvierais callados, ¿Sois capaces de decir todavía que Dios es bueno?. Y añadían ¿Qué hemos hecho para merecer esto?. Don Lucio se preguntaba cómo responder a estas preguntas y decidió compartir la situación de esa gente, haciendo el posible para estar cerca de estas personas.

LA CARIDAD DA TESTIMONIO

“Un día- escribe don Lucio- estaba en un pueblo muy pequeño, encontré un anciano y le pregunté si tenía necesidad de algo. Este señor me respondió que de lo único que tenía necesidad era de ver personas que caminasen por la calle, porque durante las sacudidas del terremoto, que después han continuado durante un año, tenía mucho miedo y necesitaba alguien que estuviera cerca de él. Después de escuchar este anciano he hecho venir al pueblo cualquier persona que quisiera ayudar. El único modo para ayudar a la gente que llama, que sufre, que llora es éste: ponerse a su lado, con bondad, con simplicidad, trabajando, sin pensar que somos héroes.

Al sitio donde yo me puse a trabajar no venían expertos, sino sólo jóvenes con buena voluntad, a los cuales le proponía vivir la caridad, olvidándose un poco de ellos mismos para pensar a los demás; ayudando gratuitamente a quien tiene necesidad, sin esperar nada a cambio; porque el amor distingue a quien ama. Se trabaja todo el día con la gente, por la gente, poniendo atención y cuidado con las personas.

Nos encontramos juntos en la alegría, en los cantos, en los momentos de fiesta con la gente y entre nosotros. La vida de cada día está articulada sobre los momentos de oración, una oración simple, seria; la oración de la Iglesia, la Santa Misa, son los pilares sobre los cuales se apoya todo la nuestra actividad. Somos demasiado frágiles para poder soportar el peso sobre nosotros mismos, sólo una es nuestra fuerza, sólo una la verdad que buscamos y esperamos toda la vida.

Intentamos caminar así, cerca de la gente con el deseo que sea nuestra vida la que hable, con el deseo profundo de búsqueda, y la añoranza de un Padre bueno que, en estos momentos en los cuales parece que todo se puede hundir, es la respuesta a todos y para siempre.

El evangelio, aplicado en este contexto crea, sin duda, fracturas fuertes con nuestro modo “light” de vivir el cristianismo. Gracias a esta situación dramática, todavía Dios ha demostrado su amor y su cercanía a través de la disponibilidad y la generosidad de tantos jóvenes que con su empeño, sus sacrificios, sus renunciaciones y, sobre todo con su amor han dado testimonio del Amor de Dios. Las personas han encontrado, a través de los jóvenes, la esperanza, y sobre todo el deseo de mirar hacia adelante, sin dejarse vencer por el pesimismo sino colaborando y poniéndose “manos a la obra” en el camino de reconstrucción.

Creo que el anciano que he encontrado en los primeros días, termina diciendo don Lucio, haya sido una voz importante, cuya soledad me ha conmovido y me ha impulsado a encontrar una solución con mi misma presencia y la de tantos jóvenes que hoy han llegado a ser sus mejores amigos.”

Estas son las palabras de don Lucio que nos indican la grande ocasión y la belleza de la misión que el Señor nos encomienda.

Mons. Paul Josef Cordes
Presidente del Pontificio Consejo *Cor Unum*